

16 Let. 76
17821
BIBLIOTECA DRAMATICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SÉRIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.



MADRID.

ATOCHA, 87, PRAL., IZQUIERDA.
1875.

L47 - 6810

LIBRARY OF CONGRESS

COLLECTION OF CONGRESS

EXAMINER'S DESK & SERIES

REPRESENTATIVE AND SENATE

EXAMINER'S DESK

THE AMERICAN LIBRARY

LIBRARY

ATLANTA, GEORGIA

1875

49-6810
55-65
BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

DOS ENTRE DOS.

JUÉQUE COMICO-LIRICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

arreglado del francés

POR D. CALISTO NAVARRO.

MÚSICA

DEL MTRO.

D. ANGEL RUBIO.

Estrenado con aplauso en Madrid, en el teatro de Romea, la noche
del 24 de Diciembre de 1875.

CUATRO REALES.

MADRID:

IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,
CALLE DE S. BERNARDO, 73.

1876.

PERSONAJES.

GREGORIA.....
ELISA.....
CARLOS.....
SEBASTIAN.....

ACTORES.

Srta. D.^a Aurora Pareja.
Elvira Masi.
Sr. D. Agustin Ballós.
Antonio Povedano.

La accion en Madrid y en nuestros dias.

Es propiedad del Editor de la *Biblioteca dramática*, y está bajo el amparo de la *Ley de Propiedad literaria*, habiéndose llenado los requisitos que la misma establece.

Las Zarzuelas y Operas cómicas, ó serias, que componen la coleccion de esta Galeria, se prohíbe representarlas como comedias, separando la letra de la música.

Reg. 16/10/29 Lib. 227.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una bohordilla amueblada pobremente, pero con aseo; una mesa, varias sillas, dos canastillos de costura ó costurerros; puerta al foro que conduce á la escalera, dos laterales que conducen á las habitaciones de Gregoria y Elisa, ventana á la derecha, un espejo pequeño.

ESCENA PRIMERA.

GREGORIA y ELISA; *al levantarse el telon la primera está co-siendo, en tanto la segunda se mira en el espejo y se compone el pelo.*

MÚSICA.

GREGORIA. En la vida trabajar
es el mas grato placer,
que al cumplir con un deber
la mujer pueda encontrar;
su dolor,
el amor

ELISA. venturoso ha de calmar.
Doloroso es trabajar,
la pobreza al padecer,
sin lograr una tener
el placer de disfrutar
del amor
seductor,
el dichoso bienestar.

GREGORIA. Eso no es cierto.

ELISA. Lo es para mí.

GREGORIA. Ay pobre amiga!

ELISA. Pobre de tí!

Nunca, nunca el amor se apróxima
donde penas y llantos se ven,
porque allí donde falta el dinero
no penetra el amor ni el placer.

GREGORIA. Siempre, siempre el amor vé gustoso
del trabajo la noble honradez

y si amor y placer no se acercan
cumple al ménos un santo deber.

HABLADO.

ELISA. Pues bien, digas lo que quieras
esto es insufrible, atróz.

GREGORIA. Y qué remedio?

ELISA. Morirse!

Morirse fuera mejor
que habitar una bohardilla
tan miserable y tan... Oh!
mira que es mucha desgracia
vivir cual nosotras dos.
Solo á través de los hierros
de esa ventana feróz,
se escucha de tarde en tarde
el canto de algun gorrión,
que á ese tejado se viene
á llorar cuitas de amor.

GREGORIA. Y no te alegra su canto?

ELISA. Me desgarrá el corazón,
porque solo me recuerda
lo desgraciada que soy.

GREGORIA. No comprendo.

ELISA. Pues es fácil,
y vas á juzgar si no;
si el ave mas despreciable
que vuela, en mi derredor,
disfruta ese privilegio
que el mundo le llama amor,
¿me quieres decir, Gregoria,
por qué no le tengo yo?

GREGORIA. Porque ellas piando, logran
atraerse un amador.

ELISA. Pues yo también pío... y nada!...

GREGORIA. ¿No vienen?

ELISA. Esto es atroz!

Y si en pía está el ítem,
nadie pía como yo.

GREGORIA. ¿Pues hija, qué hacer? Paciencia!
Mucha confianza en Dios;
quién sabe si andando el tiempo
encontrarás tu gorrión!

ELISA. Esa es mi sola esperanza,
y si algun día, el Señor
me pusiera (Dios me escuche)
en la mano la ocasión,

- por mas que la pintan calva,
no se escapa, por quien soy.
- GREGORIA. Sí, sí, forma los proyectos
que quieras.
- ELISA. Tienes razon;
son castillos en el aire...
Y á propósito...
- GREGORIA. Qué?
- ELISA. No
reparaste en el vecino
que al cuarto 4.º interior
se ha mudado?
- GREGORIA. Yo no; ¿y tú?
- ELISA. Tampoco.
- GREGORIA. Fuera por Dios
chistoso!...
- ELISA. Qué?
- GREGORIA. Quién nos dice
que esa soñada ocasion
no te se presente?
- ELISA. Cómo?
- GREGORIA. Habla pronto, por favor!
Supongamos que el vecino
es un rico solteron,
que de tus gracias prendado
y muerto por ti de amor,
se ha decidido á vivir
en ese caramanchon.
¿No te parece posible
esta historia?...
- ELISA. Y por qué no?
- GREGORIA. Si Dios quisiera!...
- GREGORIA. No olvides
que es una suposicion
nada mas, querida Elisa;
y fuera luego un dolor...
- ELISA. Se han visto casos estraños,
y á veces un conde...
- GREGORIA. No,
Elisa, nunca los condes
consagraron santo amor
á una infeliz costurera,
sin amparo cual tú y yo;
la que es honrada, no debe
dar oídos á su voz.
- ELISA. Pues bien, sea lo que quiera,
ya verás si hay ocasion... (Llaman.)

Han llamado?
GREGORIA. (Riéndose.) Será el Conde.
ELISA. Bien pudiera ser.
GREGORIA. Por Dios!..

Elisa!..
CÁRLOS. (Dentro.) Soy el vecino!
GREGORIA. Abriré. (Yendo á abrir.)
ELISA. (Deteniéndola.) No, que abro yo.
(Entra Carlos, y sin quitarse el sombrero empieza á hablar precipitadamente.)

ESCENA II.

Dichas y CARLOS.

CÁRLOS. A los piés de ustedes, niñas!
ELISA. Beso á usted la mano.
CÁRLOS. Bien;
si es que le place besarla,
eso, á su gusto de usted.
ELISA. Es la fórmula.
CÁRLOS. Ya estoy!
GREGORIA. (No me cabe duda, es él.) (Mirándole.)
ELISA. Joven, puede usted cubrirse.
CÁRLOS. Mil gracias, así estoy bien.
Yo me llamo Carlos Perez,
soy natural de Aranjuez,
hijo de padres honrados
como es fácil comprender;
tengo veinte y cinco años;
la figura?... Ustedes ven;
me dan mil duros anuales;
soy comisionista, de
una fábrica de lanas
situada en Carabanchel;
soy soltero, segun dicen,
y en decirlo hacen muy bien;
con respecto á ustedes, niñas,
su nombre y estado sé,
y vengo á ofrecer mi cuarto
que está tras de esa pared,
porque siempre entre vecinos
es necesario estar bien;
y con esto, y con decirles
que pienso casarme...

ELISA.

CARLOS.

Eh?

En cuanto halle una muchacha
honrada, y de no mal ver,

que me quiera, y que me sirva
como usted, ó como usted,
les habré explicado todo
lo que soy y pienso ser.
Estoy á los pies de ustedes,
y ustedes lo pasen bien. (Se vá.)

ESCENA III.

GREGORIA, ELISA.

ELISA. Jesús que locomotora!
Lo mismo que entró, se fué.
GREGORIA. (Es él, le he reconocido.) (*Pensativa.*)
ELISA. Qué tienes?
GREGORIA. Qué he de tener?
ELISA. Conocias tú al vecino
antes de ahora?
GREGORIA. (*Turbada.*) No á fé;
por qué lo dices?
ELISA. Por nada;
me ha parecido entrever
que palidecías!...
GREGORIA. No. (*Dan golpes en el tabique.*)
Quién dá esos golpes?
ELISA. Tal vez
será el vecino, que cuelga
los cuadros.
GREGORIA. (*Distraída.*) Sí, él debe ser.
CÁRLOS. (*Dentro y quejándose.*) Ay!!!
GREGORIA. Se queja!
ELISA. Se habrá dado
algun martillazo!
GREGORIA. (*Alarmada.*) Él?
ELISA. No, el vecino. (*Burlándose.*)
GREGORIA. (*Con sentimiento.*) ¡¡Pobrecillo!!
ELISA. ¡Cuando digo que hay belen!
GREGORIA. ¿Y se habrá hecho daño?
ELISA. No!!!
Le habrá causado placer.
GREGORIA. (Estoy diciendo sandeces
y esta ya sospecha.)
ELISA. (*Oyendo que llaman.*) Quién?
CÁRLOS. Un hombre que se ha dejado
tres dedos en la pared.
(*Elisa abre la puerta.*)

ESCENA IV.

Dichas y D. CÁRLOS que se presenta con varias cortinas al brazo y un martillo en la mano.

- CÁRLOS. (Entrando.) ¡Presente, vecinitas!
ELISA. Aquí otra vez?
CÁRLOS. Sí señora; qué diablos...
¡Como ha de ser!
ELISA. ¡Qué se olvidó?
CÁRLOS. Vengo á pedir á ustedes...
ELISA. El qué? (Conrapidez.)
CÁRLOS. Un favor.
Digo; que soy un hombre
hecho y derecho,
mas, clavando cortinas,
no llego á cero;
pues machacando,
me doy ciento en los dedos
y una en el clavo.
GREGORIA. Un ¡ay! hemos oído!
CÁRLOS. Pues cse ¡ay!
le dí al espachurrarme
este pulgar.
GREGORIA. ¡Valgame Dios!
¡Tiene negra la uña!...
CÁRLOS. Y el corazón.
Mas por ahora haciendo
de él caso omiso,
á ustedes me presento
con el designio,
de que benignas,
á colocar me ayuden
estas cortinas.
ELISA. Vaya, con mucho gusto.
CÁRLOS. No acudí en vano.
GREGORIA. Mande usted, que nosotras,
mientras podamos...
CÁRLOS. No abusaré.
ELISA. No; nada, con franqueza
disponga usted.
CÁRLOS. Como expresar las gracias
mi voz no puede...
ELISA. Todo un jóven galante
se lo merece.
CARLOS. De veras?
ELISA. Cierto!

CÁRLOS. Con que usted cree?...
ELISA. Sin duda.
CÁRLOS. Pues... ya hablaremos.
SEBASTIAN. (*Dentro.*) Carlos! Dónde estás, Carlos?
CÁRLOS. (*Llamando.*) Eh! Sebastian!
GREGORIA. Es en su cuarto donde
llamando está?
CÁRLOS. Sí; es un amigo;
¡por aquí!
SEBASTIAN. (*Dentro.*) ¡Voy al punto!
CÁRLOS. ¡Ola! (*Tendiéndole los brazos.*)
SEBASTIAN. (*Entrando*) ¡Adios, chico!

ESCENA V.

Dichos y SEBASTIAN.

SEBASTIAN. Me equivoqué por lo visto
de cuarto; felices, niñas!
(*A Carlos*) ¡Pillo! Como te previenes
contra la melancolía.)
CÁRLOS. Señoras, un buen amigo
de la infancia. (*Presentando á Sebastian.*)
SEBASTIAN. Señoritas!
Servidor, Sebastian Calvo,
soltero, y Comisionista
de sedas, hilos, estambres,
bombasís y percalinas.
ELISA. Por muchos años.
SEBASTIAN. Mi trato
es mas dulce que el almíbar,
cosa que verán ustedes
si con frecuencia visitan
á Carlos.
CÁRLOS. Amigo mio,
párate un poco, y medita
lo que dices; las señoras
están en su casa.
SEBASTIAN. (*Quitándose el sombrero.*) Esplica
las cosas bien! Mil perdones!
GREGORIA. No hay de qué; usted no sabia...
ELISA. Y en tanto que ustedes hablan
de sus negocios, precisa
que nos vayamos nosotras
á colocar las cortinas.
CÁRLOS. Yo ayudaré...
GREGORIA. No es preciso,
que no temiendo la vista

de un indiscreto, podremos
mejor trepar á las sillas.

CÁRLOS. En ese caso...

ELISA. Hasta luego.

CÁRLOS. ¡Miles de gracias, vecinas!

ELISA. No las merece.

GREGORIA. Señores!... (*Se van las dos.*)

SEBASTIAN. Las dos son á cual mas lindas.

ESCENA VI.

CÁRLOS y SEBASTIAN.

CÁRLOS. Te gustan?

SEBASTIAN. Mucho que sí,
y vas á juzgar si no;
con la rubia cargo yo,
la morena para ti.

CÁRLOS. Pero, hombre...

SEBASTIAN. Te sabe mal?

Pues nada, no tengas pena;
te cambio por la morena
la rubia, á mí me es igual!

CÁRLOS. Piensas quizás!...

SEBASTIAN. Ya lo creo,
á espensa de las cortinas,
entablas con las vecinas
una especie de... bloqueo.

CÁRLOS. Te engañas!

SEBASTIAN. De veras, eh?

Y me quieres explicar
por qué vienes á morar
en esta casa?

CÁRLOS. Sí á fé.

Aunque juzgues raro el tema,
es mi sistema, querido.

SEBASTIAN. Con que tú cambias de nido
obedeciendo á un sistema!

CÁRLOS. Voy buscando una mujer.

SEBASTIAN. Para qué?

CÁRLOS. Para casarme.

SEBASTIAN. ¡Animal!

CÁRLOS. Quiero dejarme
de loquear y correr.

Con mi salud en concilio
ser ya juicioso pretendo.

SEBASTIAN. Ya, vamos, y vas haciendo
pesquisas á domicilio?

- CARLOS. Cual golondrina azorada
recorre afanosa el muro,
buscando un sitio seguro
donde fijar su morada;
golondrina del amor
preguntando aquí, allí viendo,
yo Madrid voy recorriendo
para elegir lo mejor.
- SEBASTIAN. Infeliz! ¿Piensas acaso
que buena la encontrarás!
Cuanto mas la busques, más
seguro será el fracaso.
- CARLOS. Nada de eso, has de saber
que estoy ciego, enamorado,
por una que me ha salvado
la vida.
- SEBASTIAN. ¡Bien puede ser!
- CARLOS. Ay! sí, chico!
- SEBASTIAN. Una aventura?
- CARLOS. ¡Ideal!
- SEBASTIAN. Bien por mi fé;
¿cómo se llama?
- CARLOS. No sé!
- SEBASTIAN. Y la quieres?...
- CARLOS. ¡Con locura!
- SEBASTIAN. Será bella?
- CARLOS. Lo presumo.
- SEBASTIAN. Dónde está?
- CARLOS. Despareció!
- SEBASTIAN. Y dónde fué?
- CARLOS. Qué sé yó.
- SEBASTIAN. Pues entonces, la del humo.
- CARLOS. A causa de una tormenta
de tantas como he corrido,
me hallé un día acometido
de una enfermedad violenta;
postrado en cama me vi,
y corto fué mi martirio,
pues la fiebre y el delirio
se apoderaron de mí...
- SEBASTIAN. Conozco el resto; una hermosa
con angélicas miradas,
y entre nubes nacaradas
sobre tu almohada se posa.
No es hembra, es un querubín
bajado del quinto cielo!! ...
Preludio de violoncello,

- y solo de cornetin!!
- CARLOS. Hay mas, cuando una mañana
 calmó la enfermedad fiera,
 ví junto á mi... á la portera
 preparando una tisana.
- SEBASTIAN. Ah! vamos, era ella quién?...
- CARLOS. Deja ya tus bromas fieras.
- SEBASTIAN. Pero escucha, las porteras
 no van al cielo tambien?
- CARLOS. Ella fué la que me dijo
 que una vecina piadosa,
 de mi salud afanosa
 tuvo un cuidado prolijo.
 Pues cumpliendo de la ciencia
 el régimen enfadoso,
 á costa de su reposo
 logró salvar mi existencia.
- SEBASTIAN. Mas ya una vez levantado
 tú la verías?
- CARLOS. Ay! no,
 que en cuanto se convenció
 de que ya estaba curado,
 huyó!
- SEBASTIAN. Pues no tengas queja;
 mujer que así desaloja,
 si no es ciega, manca ó coja,
 es fea al menos, y vieja.
- CARLOS. Blasfemo!
- SEBASTIAN. Tú te alucinas
 fácilmente; pero yo,
 soy lo mas lince!... si nó,
 oye y juzga...
- CARLOS. Las vecinas!

ESCENA VII.

Dichos, GREGORIA y ELISA.

- ELISA. Ya está todo puesto en regla;
 las cortinas colocadas,
 quitado el polvo á las sillas,
 y entornadas las ventanas.
- CARLOS. Y cómo pagar á ustedes?...
- GREGORIA. Retirándose á su casa,
 y dejándonos tranquilas
 trabajar, pues ya son dadas
 las doce, y hemos perdido
 mucho tiempo.

- SEBASTIAN. Soberana
lección, tan trabajadoras
como lindas.
- ELISA. Muchas gracias.
- SEBASTIAN. Carlos, si quieres venirte
al café.
- CARLOS. Yo almuerzo en casa.
- SEBASTIAN. Corriente, pues hasta luego,
que vendré á buscarte.
- CARLOS. Anda,
yo tambien me marchó.
- SEBASTIAN. *(Saludando.)* ¡Niñas!
- CARLOS. Vecinas, no digo nada;
mi gratitud!...
- GREGORIA. Entendido,
y no hay de qué.
- CARLOS. Hasta mañana.
*(Ya di con lo que queria,
fuerza es ponerse en campaña.)
(Saludan y se van Carlos y Sebastian.)*

ESCENA VIII.

ELISA y GREGORIA.

- ELISA. Sabes, querida Gregoria,
que has estado inconveniente?
- GREGORIA. Deseabas por ventura
tenerlos aquí perennes?
- ELISA. No; pero son muy simpáticos,
y juzgando por los muebles
de Carlos, deben ser ricos.
- GREGORIA. Bien te has fijado!
- ELISA. ¿Y tú quieres
decirme, que no lo has hecho?
- GREGORIA. Y bien, aun cuando así fuese,
no es tampoco una razon...
- ELISA. No? De las mas convincentes;
porque has de saber, que Carlos
no me es tan indiferente,
y tengo el convencimiento
de que sabiendo atraerle,
ha de ser un buen marido...
- GREGORIA. Já, já! De veras? Tú crees?...
- ELISA. Ya se vé que sí. Además,
que la mujer que le pesque
podrá gastar gran boato?...
- GREGORIA. Ya; con que tú, lo que quieres

- no es solamente un marido
que te ame y te considere,
uniendo su nombre al tuyo?
Si no un... cualquiera que cuelgue
su renta sobre tus hombros,
y que en coche te pasée?
- ELISA. Yo estoy por lo positivo.
- GREGORIA. Sí, la seda!... Ese es tu fuerte.
- ELISA. Vamos, Gregoria, sé franca,
di que perdonar no puedes
que me guste Carlos...
- GREGORIA. Vaya,
Elisa, y qué cosas tienes!
- ELISA. Y por qué no ha de gustarte
á tí también?
- GREGORIA. Cómo quieres
que sepa yo si me gusta,
si acabo de conocerle,
y no sé ni sus intentos...
- ELISA. Sus intentos? Los que siempre
albergan todos los jóvenes;
mas sabiendo contenerles
y alucinarles, se logra
la victoria casi siempre;
y te advierto que á estas horas
tengo mi proyecto.
- GREGORIA. (Alarmada.) Puede?
- ELISA. Lo que oyes; pretendo ver
si á Carlos cojo en mis redes.
- GREGORIA. Ah! (Levantándose.)
- ELISA. Qué te sucede?
- GREGORIA. (Disimulando.) Nada!
- ELISA. Estás pálida! ¿Qué tienes?
- GREGORIA. Qué he de tener? Pero llaman?
- ELISA. Sí; voy á ver que se ofrece.

ESCENA IX.

Dichas y CARLOS que se presenta disfrazado de lord Inglés é imitando el acento.

MÚSICA.

- CARLOS. Mi se levanta á las onse
y tomo un ponche de rom:
dá mi un paseo dun hora
y mi torna ó comedor...
Y de esta modo

siempre tendré,
robusta el cuerpo
blanco la piel;
yes! yes! yes!
yes veriguel!
Con mil guineas de rento
y buques en Novayorks
paso dichosa la vida
sin penos y sin dolor..
Ni pongo roca
ni quito rey,
y en todas partes
hago papel;
yes! yes! yes!
yes veriguel!

HABLADO.

Mi no saber, señorritas,
si venir equivocado,
que sois me han asegurado
bbonitas y estar bbonitas.
¡¡Un inglés!!

ELISA.

GREGORIA.

Diga usted pues

lo que quiere.

CARLOS.

Sí por Dios!

Mi querer hablar con vos,
y mi estar sinora inglés;
venir di parte di una
Milady que es costurrera,
y de mi hablaros quisierra
si miá voz no os importuna.

GREGORIA.

Con qué objeto?

CARLOS.

Mi llamar

Sir VVacet Greniche.

ELISA.

(¡Bueno!)

CARLOS.

Mi estar de guineas lleno.

ELISA.

(¡Y no le hacemos sentar!)

CARLOS.

Gracias. (*Sentándose.*)

ELISA.

(No hay que descuidarse.)

CARLOS.

Mi ver toda, toda negro
y querer vivir alegre.

ELISA.

(Chica, se querrá casar?)

CARLOS.

Mi viaja de polo á polo,
mais non disfruta, y comprendo,
qui por ser lo qui pretendo
viajar no debo mais, solo.

Por eso busco una dama
qui mai compaño y mai siga,
y cuando duermo, mai diga
si doy vueltas en la cama.
Jesus!

ELISA.

CARLOS.

Por este servisio
doy... diez guineas mensuales,
qui vienen á ser mil reales;
creo que es un benefisio.
Adimas, si ella mai grada,
y mai da gusto y mai plase,
acaso no la rimplase
in alguna temporada.

GREGORIA. Y bien?

CARLOS.

Como se mía dicho
que ambas estabais bbonitas,
he vinido, señorritas,
por si gustais dil capricho.
Yo de raro tengo fama;
ved si quereis, al dormirme,
estar junto á mí, y disirme
dispois, lo qué hago in la cama,
(¡¡¡Mil reales mensuales!!!)

ELISA.

GREGORIA.

Yo,
por mi parte, caballero,
contestar á usted no quiero.

ELISA.

CARLOS.

(¡Tonta! Tonta!)
¿E por qué no?

GREGORIA.

Porque usted sin duda ignora (*Con dignidad.*)
que así á nadie aquí se beja.

CARLOS.

Si osté no quiere, lo deja,
y estamos in pas, señora.
En mi pais no es la gente
tan soberbia, y de mil modos
tratan de ganarse todos
la vida... aunque honradamente.
Conque en qué quedamos?

GREGORIA.

Ya
he contestado!

CARLOS.

ELISA.

(*A Elisa.*) Y osté?
Veremos!... Lo pensaré!
Por mi parte... y...

CARLOS.

Bien está;
doy á osté un cuarto di hora
para pensarlo; dispoés
volverá mí. ¡A vuestros pies!

ELISA.

¡¡Milord!!

CARLOS. (*Mirando á Gregoria.*) (Es encantadora!)
(*Hace una reverencia y se vá.*)

ESCENA X.

GREGORIA y ELISA.

GREGORIA. Y bien, ¿qué dices, Elisa?

ELISA. Lo que es á mí, me ha hechizado.

GREGORIA. Por quién nos habrá tomado
el muy...

ELISA. Pues échalo á risa!

GREGORIA. Ha estado muy descortés,
y yo aún estoy sofocada.

ELISA. Yo absolutamente nada;
quién hace caso á un Inglés?
Y además, quién te asegura
que los hijos de Inglaterra
no tengan, allá, en su tierra,
esa moda?

GREGORIA. Qué locura!

ELISA. Y por qué? No hay la manía
aquí de tener criadas?
Pues allí serán llamadas
doncellas... de compañía.

GREGORIA. De cualquier modo, por mí
le he dado un redondo, no.

ELISA. Ya lo he visto, y lo que es yó
me temo decir que sí.

GREGORIA. Cómo! Piensas?...

ELISA. Ay! Gregoria,
el dinero es lo primero,
y al que aquí tiene dinero,
cuando muere, vá á la gloria.
Viajar, ver la Capital
del Orbe!... Dios sea loado!
Yo que jamás he pasado
mas allá del Escorial!

GREGORIA. Con que aceptas?

ELISA. No lo sé;
la codicia me alucina,
al par que con su bocina
me grita el honor... ¿qué haré?
Si pudiera engañarle
y cojerle adelantadas
trece ó catorce mesadas,
íbamos á marearle.

GREGORIA. Y despues?

ELISA. Cuando quisiera
reclamar lo adelantado,
ya lo tendría gastado
y acaso gracia le hiciera.
GREGORIA. No aceptes, te lo aconseja
mi amistad.
CARLOS. (Dentro con voz de vieja.) Número tres?
Mil gracias!
ELISA. Será el Inglés!
GREGORIA. Puede!
ELISA. No, que es una vieja.

ESCENA XI.

Dichas y CARLOS vestido de mujer, é imitando la voz y el andar de una vieja, trae una cesta ó canastillo, lleno de pañuelos, vestidos, gorros, etc.

CARLOS. ¡Alabado sea Dios!
LAS DOS. Por siempre lo sea!
CARLOS. Nada,
no hay que molestarse, niñas;
soy yo, hijas mías, la Paca.
GREGORIA. (¿La conoces?)
ELISA. (Yo no; y tú?)
GREGORIA. (Tampoco.)
CARLOS. Vivís tan altas,
que de subir la escalera
no puedo hablar dos palabras;
voy á dejar estos bártulos
sobre esta mesita.
GREGORIA. Anciana!...
CARLOS. Vosotras direis que todos
no pueden tener la casa
de un Marqués; pero qué diablos,
yo soy así, siempre franca.
GREGORIA. Con qué motivo!...
CARLOS. Aunque habiendo
tranquilidad en el alma,
en todas partes se vive,
no es verdad?
ELISA. (¡Qué charlatana!)
GREGORIA. Dispense usted; no tenemos
el gusto...
CARLOS. ¡Cómo, muchachas!
No me conoceis?
GREGORIA. Al menos

CARLOS. no recordamos... Pues nada,
yo soy Paca la prendera!
Vais á ver quién es la Paca.

MÚSICA.

Nací en la Callejuela
de la Comadre,
y á los quince vendía
la lista grande,
y á temporadas,
era Arrechavaleta
Garay ó Lasa.
Casé con un sarjento
de guardia urbana,
que murió de resultas
de una jarana.
La suerte fiera,
me deparó el oficio
de Colillera

HABLADO.

CARLOS. Conque ya veis, pequenueñas.

GREGORIA. Sí, ya vemos...

CARLOS. Flor y nata
de mi clase, Providencia
de modistas retrasadas,
yo compro, vendo y alquilo
fulares, pelos de cabra,
varés, papalinas, guantes,
perfúmes, lienzos, quincalla,
manteletas y vestidos,
pañuelos, sombreros...

GREGORIA. Gracias;

no necesitamos...

CARLOS. Bueno;
por ver, no se pierde nada.

GREGORIA. Es inútil.

ELISA. Además,
no tenemos una blanca.

CARLOS. Eso no importa; también
doy fiado.

GREGORIA. (Qué machaca!)

ELISA. Fía usted?

CARLOS. Pues ya lo creo!
En eso está mi ganancia,

- porque así vendo mas caro
en virtud á la tardanza
del pago; aquí hay un vestido (*Sacándole.*)
de seda.
- ELISA. (*Desdoblándole.*) ¡Bonita falda!
Mira, Gregoria, que hermoso!
- GREGORIA. Sí; no es feo; pero...
- CARLOS. (*Sacando una capota.*) Vaya,
aquí hay un sombrero nuevo,
muy bonito.
- ELISA. Qué lazada
tan hermosa!
- CARLOS. Con que vamos,
hacemos negocio?
- ELISA. Oh, rabia!
No tener dinero...
- GREGORIA. Elisa!
- CARLOS. Eso no me importa nada;
aquí lo dejo, y si gusta,
me lo pagais por semanas,
ó como mejor convenga.
- GREGORIA. No lo permito... esas galas
son demasiado elegantes
para dos pobres muchachas
como nosotras.
- CARLOS. (*Divina!*)
Esto es lo que me hace falta.)
- ELISA. Pues yo... la verdad, me arriesgo.
- CARLOS. (*Esta pica.*) Ved la falda
si está bien, que luego subo
otra vez.
- GREGORIA. Pero repara,
Elisa...
- CARLOS. Con qué, pimpollos!...
- (*Al ir á salir, entra Sebastian medio borracho y le reconoce. Carlos le impone silencio, y se va mientras Sebastian se queda riéndose, recostado en el quicio de la puerta.*)
- SEBASTIAN. Carlos! (*Reconociéndole.*)
- CARLOS. (*Aparte á él.*) (Mal haya tu estampa!)
- SEBASTIAN. Pero oye!
- CARLOS. (*El diablo te lleve!*)
- SEBASTIAN. Escucha!
- CARLOS. (*Ni una palabra.*)
- SEBASTIAN. ¡A dónde diablos irá
mi amigo con esa facha?)

ESCENA XII.

SEBASTIAN *en la puerta*, ELISA y GREGORIA *disputan, y esta última viendo que Carlos se ha ido, quiere alcanzarle.*

GREGORIA. ¡Buena mujer!... Eh!... ni un galgo...!
No se la vé.

ELISA. Déjala!
Si ya se fué, qué remedio?

GREGORIA. Ciertó; y la voy á imitar.

ELISA. Te marchas?

GREGORIA. Sí; voy abajo,
á ver si al cabo nos dan
labor que mas nos produzca.

ELISA. Y esto? (*Por el vestido y el sombrero.*)

GREGORIA. Ella volverá,
y entonces se le daremos;
con que, me voy á entregar.

ELISA. Tardarás?

GREGORIA. No; subo al punto. (*Al pasar junto á Sebastian se saludan y esta baja riéndose.*)

ESCENA XIII.

ELISA y SEBASTIAN; y despues GREGORIA.

SEBASTIAN. Que figuron! Já! já! já!

ELISA. Qué sucede?

SEBASTIAN. Es delicioso!

ELISA. Me quiere usted explicar...?

SEBASTIAN. Es preciso que lo sepa
su amiga de usted...

ELISA. ¿Qué hay?

SEBASTIAN. Carlos, que sigue buscando
su romántico ideal!

Disfrazarse de prendera!
Mire usted que es terquedad!

ELISA. ¿Cómo, el vecino?... Ahora caigo...

SEBASTIAN. Habrá venido á explorar
el campo, y esos vestidos
son el cebo. Original
como siempre!...

ELISA. Mas qué objeto
le lleva?

SEBASTIAN. Quiere inclinar
su cerviz al matrimonio,
y en su sempiterno afan
pretende ver quién de ustedes

es mas digna de ocupar
el sitio... Já! já!

ELISA.

(No es malo
saberlo, se anotará.)

SEBASTIAN.

Le digo á usted que es chistoso
el lance!

ELISA.

Y original!...
Mas aquí viene Gregoria;
no le diga usted...

SEBASTIAN.

Yo? Quiá!
Eso es cosa de mujeres,
y no me quiero mezclar...

GREGORIA.

(Entrando.) ¡Qué calor!

SEBASTIAN.

Yo me retiro.

GREGORIA.

Cómo, se marcha usted yá?

SEBASTIAN.

Voy á ver si tomo el aire.

ELISA.

Bien hecho.

SEBASTIAN.

Con que... *Au revoir.*
(Pues señor, sigo en mis trece,
la morena es así mas...) (*Se vá.*)

ESCENA XIV.

ELISA y GREGORIA.

ELISA.

(Mire usted por donde puedo
hacer un buen matrimonio.)
Gregoria, dime, no sabes
la gran noticia?

GREGORIA.

Yo? Cómo?

ELISA.

Cárlos pretende casarse.

GREGORIA.

Quién te lo ha dicho? El meloso
de su amigo?

ELISA.

Justamente.

GREGORIA.

(*Con rapidez.*) Y, quién es ella?

ELISA.

¡Demonio!
No sé tanto; la eleccion
aun no está hecha.

GREGORIA.

(*Me ahogo!*)

ELISA.

Mas... te pones encarnada?

GREGORIA.

No, Elisa!

ELISA.

Habla sin rebozo;
dí que te gusta el vecino,
y acabemos...

GREGORIA.

Pues bien; cómo
negártelo? Me parece
un buen muchacho... juicioso...

ELISA. (La coji.)

GREGORIA. Y si consiguiera
fijarle...

ELISA. Tienes mal modo
para lograrlo.

GREGORIA. Qué dices?

ELISA. Pretendes con ese rostro
de colegiala asustada,
cautivarle? Ese aire tonto...
Los hombres quieren arranques,
jenio alegre y bullicioso...

GREGORIA. De veras?

ELISA. Pues claro!

GREGORIA. Y dime,
qué he de hacer?

ELISA. Ser otra en todo;
y una vez que has sido franca
conmigo, quiero en tu abono
sacrificarme.

GREGORIA. ¡Qué buena!

ELISA. Entra en nuestro cuarto pronto,
y ponte el sombrero este
y el traje...

GREGORIA. De ningún modo;
yo no me pongo esas prendas.

ELISA. Corriente; en eso conozco
que renuncias al cariño
de Carlos...

GREGORIA. No me conformo.

ELISA. Entonces?

GREGORIA. ¡Si me atreviera!

ELISA. Solo con fijarte un poco
consigues metamorfosis.

GREGORIA. Y me juras que si logro
imitar tus ademanes,
le agradaré?

ELISA. Sí... es forzoso.

GREGORIA. Entonces, Dios me perdone;
por su amor lo hago tan solo.

ELISA. Ah...! Gregoria, no te olvides
de hacerle ver que tu gozo
mayor es el baile.

GREGORIA. Bueno.

ELISA. Pero has de vestirme pronto,
porque él tardar ya no debe.

(Gregoria coje el vestido y el sombrero, y entra en su cuarto.)

ELISA. Ahora veremos si el tonto

resiste á la estratajema.
El campo ya es mío... Oigo
pisadas... Mirar honesto
y la dulzura en el rostro.
Ya está aquí mi hombre: al asalto;
vamos á ver si me porto.

(Se avia el pelo y se quita todos los adornos que lleva.)

ESCENA XV.

Dicha y D. CARLOS que entra elegantemente vestido, con corbata roja, sombrero de grandes alas, y un clavel en el ojal de la levita.

CARLOS. Ya estoy otra vez de vuelta,
vecinas.

ELISA. *(Fingiéndose sorpresa.)* Quién?

CARLOS. Mi persona.

ELISA. Ah! Carlos!

CARLOS. Pero qué veo?

Está usted solita?

ELISA. Sola!

CARLOS. Y Gregoria?

ELISA. Está en su cuarto
arreglándose.

CARLOS. En buen hora;
vengo á convidar á ustedes,
si es que á venir se conforman,
conmigo al baile.

ELISA. Ay! lo siento!

Pero los bailes son cosa
que me repugnan.

CARLOS. De veras?

(Me habré equivocado?)

ELISA. Otras

amigas, por ir al baile
un rato, se vuelven locas;
al paso que yo, en la vida
he entrado en uno.

CARLOS. *(Qué joya!)*

ELISA. Bien es verdad que mi madre
era tan buena y piadosa,
que comprender supo hacerme
la calma y paz de que goza
todo corazon honrado,
que al fin de la vida logra,
a fuerza de privaciones,
verse libre de ponzoña.

CARLOS. De modo que?...
ELISA. Lo agradezco;
quizás acepte Gregoria.
CARLOS. Me deja usted?
ELISA. Un instante;
voy á entregar la limosna
que acostumbro á una vecina.
CARLOS. Dios premia las buenas obras.
ELISA. Obro segun mi conciencia.
CARLOS. (Oh! mujer encantadora!)
ELISA. (Ya eché el anzuelo, veremos
si pica.) Vuelvo! (*Sale.*)
CARLOS. Qué hermosa!

ESCENA XVI.

CARLOS y á poco GREGORIA.

CARLOS. Pues Señor, ó soy un bruto
ó esta mujer es ya otra.
Qué modestia! Qué dulzura!
Nada, lo dicho, una joya.
Mas calle, por este lado
creo que viene Gregoria.
(*Sale Gregoria con el vestido de seda y el sombrero muy echado
hácia adelante, y una porcion de cintas y de flores en la
cabeza.*)
GREGORIA. (Él!... sigamos el consejo.)
CARLOS. (Cielos! Qué veo? Las ropas
que traje...)
GREGORIA. (*Con coquetería.*) Felices, Carlos.
CARLOS. Señorita!... (*Mirándola fijamente.*)
GREGORIA. Qué zozobra!

MÚSICA.

DUO.

GREGORIA. (En vano esas maneras
me afano en imitar.)
CARLOS. (No se cómo explicarme
un cambio original.)
GREGORIA. Por las calles voy airosa,
y al cruzar de cera á cera,
si al descuido enseño el pié...
Ay Dios mio, yo no sé!
Mas de cien miradas ávidas
quieren ver mi rostro angélico,
mientras yo sigo impertérrita

de sus dichos á través.

Y en el baile de Terpsícore
al compás de polka rápida,
desmayarme temo lángida
en los brazos de un doncel.

CARLOS. Calle usted, señora!

GREGORIA. Mas por qué razón?

CARLOS. (Esto es insufrible.)

GREGORIA. (Siga la lección.)

Yo bailo habanera (*baila.*)

con dulce vaiven,

yo bailo redowa

con gracia también.

CARLOS. Pare usted, los piés!

GREGORIA. (*Obligándole á bailar.*) Así, así

bailar me gusta á mí.

CARLOS. Que no, que no,

bailar no quiero yo.

Suelte usted!

GREGORIA. Qué feroz!

CARLOS. Qué caiman!

GREGORIA. Qué dolor!

CARLOS. (Esta mujer

no es la que vi:

por qué razón

se ha vuelto así?

Yo que soñé

dichas y amor,

porque la vil

me engatusó.)

GREGORIA. (Si era un deber

lo que hice aquí,

por qué razón

se ha puesto así?

Yo que soñé

dichas y amor,

y ahora el infiel

me despreció!)

HABLADO.

GREGORIA. Extraña usted, por ventura,
verme así?

CARLOS. Sí que me asombró!

GREGORIA. Es que voy al baile!

CARLOS. Al baile?

- Pues qué, baila usted, señora?
- GREGORIA. Es mi pasion favorita
el chottis, el wals, la polka,
(*bailando.*) Tranlará lará, lararará!
- CARLOS. Pero qué es esto? Gregoria!!!
Y es posible que teniendo
esos ojos y esa boca,
le guste á usted el baile?
- GREGORIA. Sí!
me muero por la redowa;
mire usted, tran lan, lan! (*Bailando.*)
- CARLOS. (*Incomodado y deteniéndola.*) ¡¡Basta!!
(Mire usted la muy... gazmoña!)
Sabe usted que ese sombrero
es feroz.
- GREGORIA. (Dios me socorra!)
Qué, no le gusta á usted?
- CARLOS. No!
Está usted hecha una momia;
ese vestido es horrible,
esas cintas espantosas,
esas maneras, ridículas;
y parece usted una... mona
vestida en dia de fiesta.
- GREGORIA. (Adios, esperanzas todas!)
- CARLOS. Yo que ciego pretendia
hallar en usted una esposa
digna y honesta, me encuentro
con una... cállate boca!
- GREGORIA. Tambien usted, caballero,
con esa corbata roja...
- CARLOS. No le gusto á usted? (*Quitándose la.*) Se quita.
- GREGORIA. Además, esa canoa tan fea!
- CARLOS. (*Quitándose la.*) Fuera el sombrero!
- GREGORIA. Y ese pantalon!...
- CARLOS. (*Va á quitárselo y se detiene.*) Señora!
tanto como eso, ya no...
Pero usted, si le acomoda,
quítese usted esa calesa
y esas cintas, y esas rosas,
y ese vestido y ese...
- GREGORIA. (*Se vá quitando los efectos indicados, pero al llegar
al vestido, se detiene y dice.*)
Pero usted, no reflexiona
que la falda?...
- CARLOS. Bueno, bueno;
quede, mas la falda sola.

GREGORIA. También es mucha desgracia
haber nacido tan sosa,
y tan necia, que no pueda
imitar lo que hacen otras.

CARLOS. Qué ha dicho usted?

GREGORIA. Francamente;

esta farsa me es odiosa;
ni yo gusto de estos trajes,
ni los bailes me alborozan;
tan solo seguí el consejo
de una amiga, que traidora,
de mí ha querido burlarse.

CARLOS. Oh! Qué idea luminosa!

Fué Elisa?

GREGORIA. La misma!

CARLOS. Vámos,

todo lo comprendo ahora.
Y usted, por qué se ha prestado
á esa farsa?

GREGORIA. (*Confusa.*) Deseosa
de agradar...

CARLOS. (*Con ansiedad.*) A quién?

GREGORIA. (*Tomando una resolución.*) Á Carlos!

Á Carlos, á quien adora
mi corazón, desde el día
en que á su lado, afanosa
ví correr junto á su lecho
de dolor, hora tras hora.

CARLOS. Fué usted?...

GREGORIA. Sí; pero temiendo

las lenguas murmuradoras,
huí, llevando en el alma
juntos, amor y zozobra.

CARLOS. Angel mio! (*Se arrodilla al mismo tiempo que aparecen en la puerta Elisa y Sebastian.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, SEBASTIAN y ELISA.

SEBASTIAN. Lindo paso!

ELISA. A sus pies? (Oh! rabia!)

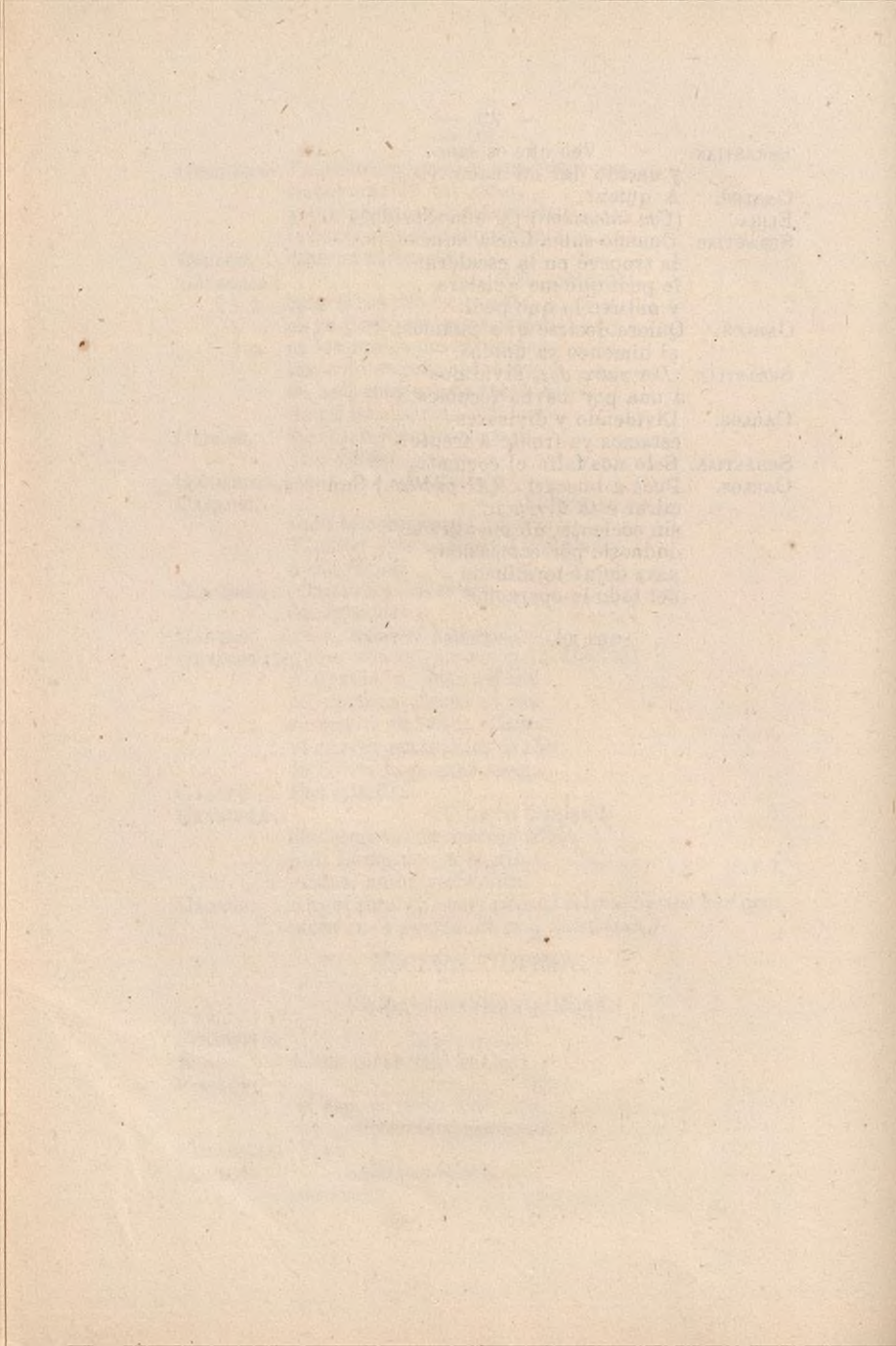
CARLOS. Sí;
mi esposa tiene usté aquí;
nos queremos, y me caso.

SEBASTIAN. Y yo!

CARLOS. Salimos ahora
con eso?

- SEBASTIAN. Veo que es sano.
y decido dar mi mano...
- CARLOS. A quién?
- ELISA. (*Con intencion.*) ¡A una servidora!
- SEBASTIAN. Cuando subia hácia aquí
la tropecé en la escalera;
le pedi que me quisiera
y obtuve lo que pedi.
- CARLOS. Quiere decirse que estamos,
al himeneo ya unidos.
- SEBASTIAN. *Dos entre dos*, divididos
á una por barba tocamos.
- CARLOS. Dividendo y divisores
estamos ya frente á frente.
- SEBASTIAN. Solo nos falta el cociente.
- CARLOS. Pues á buscarlo. (*Al público.*) Señores,
mirar esta division;
sin cociente, no me agrada,
dádnosle por compasion,
para dejar terminada
del todo la operacion.

AMEN EN LA ORQUESTA Y TELON.



PHOTOS BY ALBERTA

MAY 1911

Photos of the Lake Tahoe region, California
the first series, 1911.

PHOTOS

For the 1911 season, 17 photos—10 of the lake
and 7 of the surrounding country.

PROCESSED

In case the photos are not used, the
photographer has no responsibility
for the same, and the photos will be
returned to the photographer. The
photos are not to be used for any
purpose other than the one for which
they were taken, and the photographer
will not be responsible for any
loss or damage to the photos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de la Sra. Viuda é hijos de D. José Cuesta, Calle de las Carretas, núm. 9.

PRECIOS.

En cuarto mayor, 4 y 5 reales.—En octavo, 4, 6 y 8 reales.—EN ULTRAMAR, los establecidos por los comisionados.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos á esta Casa, ó librería de Cuesta, acompañando su importe en Libranzas del Tesoro, ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos. Se pedirán tambien en BARCELONA, á D. Isidro Cerdá, calle de la Princesa, núm. 12, principal.